

## CAPITULO III.

Donde se ve con qué celo cumple Isabel las órdenes del almirante.



El paje que dejamos camino de Granada, era Isabel Monteagudo.

Con el permiso de su capitán, el honrado Villejo, había partido á llevar á los hijos del almirante una carta de su padre para una ilustre dama de la corte que influía poderosamente en el ánimo de la reina.

Diego y Fernando tenían noticia de las calumnias que se divulgaban contra su padre.

Atribuían los actos de sus enemigos á envidia; pero no podían imaginarse que hubiera habido un hombre tan audaz, tan menguado, que se hubiese atrevido á cargar de cadenas al autor de sus días.

Isabel tenía prisa en llegar, porque las órdenes que había recibido Villejo eran las de poner el protocolo ó sumaria de las culpas atribuidas á Colon en manos del alcalde de Cádiz, para que éste lo enviase á Fonseca y pudiera el obispo justificar ante los reyes las severas medidas de Bobadilla.

Acompañaba el obispo Fonseca á los reyes; pero una indisposición le impidió trasladarse á Cádiz á recibir á los prisioneros, y envió á Briviesca para que hablase con el capitán de los buques, que se encargó de llevarle las acusaciones escritas contra los actos de Colon y sus hermanos.

Mientras llegó el emisario, conferenció con Villejo, recibió de las manos de la autoridad las piezas justificativas del pro-

ceso, las llevó á Granada y se enteró de ellas Fonseca; transcurrieron diez días, tiempo que aprovechó Isabel en cumplir la delicada misión que á su gratitud había confiado el almirante.

Apénas llegó á Granada se dirigió á palacio y preguntó á los escuderos dónde vivían los hijos de Colon.

No lejos del alcázar que ocupaban los reyes había, en medio de los arrayanes, una casita donde se había hospedado Inés, que continuaba siendo una madre para Fernando y Diego.

El falso paje se dirigió á la casa que le indicaron, y en un jardín que había ántes de llegar, á la puerta halló una jóven de diez y seis á diez y siete años, dotada de una belleza angelical.

—Jóven, dijo Isabel, dirigiéndose á ella, ¿podeis indicarme si viven en esta casa los hijos del almirante don Cristóbal Colon?

—Aquí viven, contestó la niña, son mis hermanos.

—¿Segun eso, dijo Isabel, que conocía la historia de la hermana adoptiva de Diego y de Fernando, sois hija de doña Inés Sampayo?

—Para serviros.

—Pues bien, sabed entónces que vengo á verlos en nombre de Colon.

—¿Llegais de la India?

—De la India llevo, pero no es allí donde está ahora el almirante.

—¿Ha regresado á España?

—Hace dos días que hemos llegado á Cádiz, y en el momento de desembarcar me he puesto en camino para anunciaros tan funesta noticia y entregar á don Diego las cartas que para él me ha confiado su padre.

—Venid, venid, dijo la jóven.

Y conduciéndola á la casa, anunció con alborozo las noticias que acababa de saber.

Despues de contestar á las preguntas que Inés, Diego y Fernando le hicieron acerca del estado de su padre:

—Desearia hablaros á solas, dijo á Diego.

No tardaron en quedarse solos.

—Ya me teneis á vuestra disposicion, dijo el jóven; en la respuesta que habeis dado á nuestras preguntas, he creido adivinar algo, que sin saber por qué me entristece. Hablad y decidme sin reserva lo que pasa.

—Una gran desventura, contestó Isabel: los enemigos de vuestro padre, celosos de su gloria, han querido humillarle, y despojándole de sus derechos y de sus títulos en nombre de los reyes, le han enviado á España cargado de cadenas.

—¿Qué decís? exclamó Diego. ¿Se han atrevido á cometer semejante infamia?

—Sí.

—No puede ser; tamaña injuria á su grandeza seria un borron para los monarcas y un padron de ignominia para los ejecutores de tan atroz atentado.

—Por fuerza han abusado de la bondad de los reyes los enemigos de vuestro padre, pero es lo cierto que se halla preso en Cádiz, con esposas y grillos como si fuera un criminal temible.

—Sus majestades lo ignoran, dijo Diego; ayer mismo me decia la reina que estaba segura de la inocencia y del acierto de mi buen padre, y que se alegraba de haber enviado un investigador de la isla, porque el resultado de sus investigaciones le favoreceria.

—Eso corrobora mis creencias.

—Pero es preciso que yo anuncie á sus majestades lo que pasa.

—Esperad. Vuestro padre que sufre con heroica resignacion su martirio, ha empleado los ócios del viaje en redactar una carta para la reina, y es necesario que esta carta llegue á sus manos ántes de que sus enemigos puedan elevar al tronó las calumniosas acusaciones en que han fundado la prision del almirante. Vuestro padre desea que esta carta llegue á manos de la reina por conducto de doña Juana de la Torre, ilustre dama á quien conoceis.

—Sí, en el dia es la servidora á quien más estima la reina. Fué nodriza de su hijo y mi señor el infante, que Dios haya, y posee un noble corazon.

—Doña Juana os estima, y es necesario que vayais á verla inmediatamente, para que sin pérdida de tiempo haga conocer á sus majestades la verdadera causa de los ultrajes que se han inferido á vuestro padre.

—Sí, sí, exclamó Diego, voy al punto; pero ántes es preciso que mi hermano, que doña Inés, sepan lo que sucede. Mi pobre padre hallará consuelo en sus brazos. Deseo que vayan á su encuentro, que disfruten la dicha de que me priva el cumplimiento de mi deber, aunque yo mismo pediré á la reina que me conceda la gracia de dejarme ir á estrechar entre mis brazos á mi padre.

Diego llamó á su hermano, á doña Inés y á su hermana adoptiva Isabel, y les comunicó las noticias que acababa de recibir.

La consternacion se apoderó del ánimo de aquellos seres, que vivian del cariño que profesaban al almirante.

Inmediatamente se aprestaron madre é hija á partir.

Fernando y Diego no podian alejarse sin la licencia de los reyes.

Pero el falso paje se brindó á acompañarles.

Poco despues de la escena que acabo de referir, se presentó

Diego á Doña Juana de la Torre, y le participó, con lágrimas de indignacion, las injurias que tan inícuamente se habían inferido á su padre.

—Sed, señora, le dijo, su defensora cerca del magnánimo corazón de la reina. Yo no creo, yo no puedo creer que hayan dado los reyes esas órdenes tan crueles. Mi padre os ruega que pongáis en sus manos esta carta, en la que se refiere la verdad de cuanto ha sucedido y pide justicia.

—Descuidad, dijo doña Juana, que estaba conmovida é indignada, porque no podía imaginar que hubiese habido seres capaces de tratar de una manera tan inícuá á un hombre de los merecimientos de Colon.

Diego suplicó asimismo á la dama de la reina que solicitase para él y para su hermano la licencia de ir á abrazar á su padre, á resarcirle con su cariño de los horribles padecimientos que sufría.

—Volved á verme al anochecer, dijo doña Juana á Diego.

Al mismo tiempo que salían de Granada, con direccion á Cádiz, Inés y su hija, acompañadas de Isabel Monteagudo, entraba doña Juana de la Torre en la cámara de la reina y se preparaba á desempeñar la mision que le habia confiado el ilustre marino.

## CAPITULO IV.

### Reaccion.



o era doña Juana de la Torre, á pesar de vivir en la corte, una de esas cortesanas hábiles y discretas que, aprovechando las circunstancias, sacan partido de su posicion para realizar sus deseos.

Por el contrario, si así puede decirse, era el tipo de la mujer cristiana, nacida para ser modelo de esposas y de madres.

Aunque siempre le habia profesado la reina Isabel un gran afecto, puede decirse que hasta que perdió á su hijo el infante don Juan, no tuvo con ella verdadera intimidad.

Aquella desventura, que sorprendió á la reina en medio de su mayor esplendor, apartó su ánimo de las cosas mundanas, y satisfecha con la gloria que habia adquirido en el mundo, no aspiró desde entónces más que á fijar los ojos en el cielo, donde anhelaba hallar eco á los sentimientos de su alma.

Doña Juana se identificaba con ella.

Habia sido la segunda madre del infante don Juan, le habia dado su seno, no se habia separado de él ni en la infancia, ni en la pubertad, y la pobre madre se olvidaba gustosa de que era reina para hablar con doña Juana de su hijo, para recordar los detalles de aquella vida tan breve, y que tantas esperanzas é ilusiones se habia llevado del corazón de la reina al extinguirse.

Apartaba á la egregia Isabel de su esposo en aquella época